

la mayoría la opinión de la minoría de tal modo, que antes de ser reimpressa la obra, se buscaba con tanta solicitud que su precio subió al quintuplo. Aún se leen con gusto los *Travels in Italy*, lo cual nada tiene de extraño si se atiende á la facilidad y pureza de su estilo, á la muchedumbre y buena eleccion de sus citas clásicas, y á la benevolencia y delicadeza que rebosa en algunos pasajes, cuya lectura cautiva más por esta circunstancia, verdadera especialidad, por decirlo así, de Addison, y en la que no conoció rivales. Empero el libro de los *Viajes por Italia*, áun considerado lisa y llanamente como relacion fiel de peregrinaciones literarias, no está libre de la crítica, pues se advierten en él singularísimas faltas, y si contiene verdadero caudal de citas, resúmenes y extractos de los poetas latinos, sólo hace muy contadas y breves alusiones á los oradores é historiadores romanos, faltando por completo datos y noticias áun compendiosas de la historia y la literatura de la Italia moderna; que no menciona en toda su Relacion, á lo que recordamos, á Dante, Petrarca, Boccacio, Berni, Lorenzo de Médicis, ni Maquiavelo, y se contrae á decirnos friamente que vió en Ferrara la tumba de Ariosto, y que oyó cantar á los gondoleiros de las lagunas de Venecia versos de Tasso. Pues, en realidad, ántes se preocupaba de Sidonio Apolinario y de Valerio Flaco que de Tasso y Ariosto; y si en Paris solicitó con empeño visitar á Boileau, no pareció siquiera echar de ver en Florencia que vivia en la vecindad de Vicente Filicaja, el más grande poeta lírico de los tiempos modernos, á quien Boileau no podia compararse ciertamente; omision muy digna de ser tenida en cuenta por tratarse del autor favorito de Somers, el político eminente bajo cuya

proteccion viajaba José Addison, y á quien habia dedicado el libro á que hacemos referencia.

A los *Travels in Italy* siguió la preciosa ópera titulada *Rosamunda*, cuya música, por ser de muy escaso mérito, no alcanzó éxito alguno en el teatro; y cuya letra obtuvo en todas partes digno y completo triunfo; pero como despues de la muerte de Addison, el Dr. Arne rehiciere la partitura, el público la recibió perfectamente, y varios pasajes continuaron siendo populares tan largo espacio, que hasta la última mitad del reinado de Jorge II todos los *dilettantis* de Inglaterra los cantaban al piano cada dia.

XX.

En tanto que Addison se consagraba por entero á las distracciones intelectuales, sus asuntos y los de su partido iban tomando un aspecto cada dia más favorable. Porque como durante el verano de 1703 lograron libertarse los ministros de la tutela que les imponia una Cámara de los Comunes en la cual se hallaban en mayoría los *torles* más depravados, ganando los *whigs* en casi todos los colegios electorales, la coalicion formada tácita y gradualmente se hizo pública, y Cowper obtuvo el gran sello, entrando Somers y Halifax en el Consejo privado de S. M. El año siguiente Halifax recibió encargo de llevar al príncipe electoral de Hannover las insignias de la Jarretiera, y Addison, que acababa de ser nombrado subsecretario de Estado, partió con él. El secretario de Estado bajo cuyas órdenes sirvió primero era un *tory* llamado sir Carlos Hedges; pero hubo de ceder su puesto al más violento de los *whigs* en la persona

de Carlos, conde de Sunderland, aconteciendo lo propio en las demas ramas de la administracion de tal manera, que los *tories* que aún restaban colocados intentaron rehacerse para defender sus puestos el año de 1707 con Harley á la cabeza; y como la Reina era *tory* y habia roto con la duquesa de Marlborough, secundó la tentativa. Empero no pudo hacerla prosperar, siendo completo el triunfo de los *whigs* en las elecciones generales de 1708, que les dieron invencible mayoría en la Cámara de los Comunes, merced á lo cual Somers fué nombrado lord presidente del Consejo, y Wharton lord lugarteniente de Irlanda.

Entónces designaron los de Malbesbury por su representante á José Addison; mas, desgraciadamente, no podia prometerse nuestro poeta triunfos parlamentarios, efecto de su natural tímido que le impedía en las discusiones públicas sacar partido de su ingenio y elocuencia. Sólo una vez quiso terciar en los debates, y no logró vencer la emocion que lo embargaba, guardando desde aquel dia prudente silencio. Nadie halló extraño, sin embargo, que un escritor notabilísimo no fuera buen orador, aunque sí sorprendió mucho á todos que los resultados tan tristes de su primera y única tentativa no perjudicaran en lo más mínimo á su carrera política, pues careciendo de las ventajas y del prestigio que dan la riqueza y el nacimiento, y sin haber pronunciado nunca un sólo discurso, en ménos de nueve años fué sucesivamente subsecretario de Estado, primer secretario de Irlanda, y secretario de Estado; elevándose á un puesto que los magnates de Inglaterra, los representantes de las grandes familias de los Talbot, de los Russell y de los Bentinck hubieran ocupado con orgullo, y el más alto á que llegaron en su gloriosa

carrera Chatham y Fox. Empero no es inexplicable, aunque á primera vista lo parezca, este suceso, pues si bien á la sazón era libre la prensa, no publicaba el extracto de las sesiones parlamentarias, derecho que adquirió con el tiempo, y por tanto, valia más á los hombres políticos saber escribir bien que no ser elocuentes. Hoy, por el contrario, gracias á la taquigrafía y á la imprenta, los oradores prevalecen sobre los publicistas, en razon á que cualquier discurso, por malo que sea, obtiene mayor publicidad, y más rápida y extensa que los mejores folletos; no así en vida de la reina Ana, durante cuya época fué la pluma un arma temible comparada con la palabra. Porque si Fox y Pitt no luchaban sino en el Parlamento uno contra otro, Walpole y Pulteney, el Fox y el Pitt de su tiempo, aún no habian concluido en puridad su tarea, cuando ya tomaban asiento en medio de las aclamaciones de la Cámara de los Comunes, continuándola y rematándola despues con la pluma en el silencio y recogimiento del gabinete. Sólo así se explica que Pulteney, con ser jefe de la oposicion y posesor de una renta de tres millones de reales, redactara el *Craftsman* (el Artesano); que sin tener su costumbre literaria escribiera Walpole diez folletos por lo ménos, interviniendo en otros muchos, y que los dos mejores tribunos del reinado de Ana, Cowper y Saint-John, no prestaran servicios tan señalados á sus respectivos bandos como Swift y Addison. De aqui la fortuna extraordinaria de éste, y bien puede asegurarse que aquél hubiera tambien llegado á ocupar posicion no ménos elevada de consentírsele la carrera eclesiástica que abrazó, sin embargo de lo cual fué objeto de tantas muestras de respeto y deferencia como un lord Tesorero.

XXI.

A la natural influencia que Addison debía ciertamente á sus condiciones literarias, se unia la que resulta de ciertas condiciones de carácter. Pues por dispuesta que se hallara siempre la sociedad á formar mal juicio de los aventureros políticos que lograban elevarse á los cargos importantes sin medios de fortuna, hubo de hacer una excepcion en favor suyo, viéndolo exento de los defectos que generalmente desprestigian á la clase; y no pudiendo acusarlo de ser turbulento, inmoral é irrespetuoso, hasta los mismos enemigos rendian tributo de alabanzas á sus cualidades y virtudes; como que en todas las circunstancias de la vida permaneció siendo fiel á las opiniones de su juventud y á sus amigos; que ninguna mancha empañó nunca su fama de hombre honrado; que su conducta demostró siempre cuánto poseia el instinto de las conveniencias sociales más delicadas; que, aún en medio de las controversias y luchas más ardientes, su amor á la verdad, su benevolencia, su temor de faltar al decoro, reprimieron los ímpetus de su celo; que ningun ultraje pudo jamás moverlo ni excitarlo á ejercer represalias indignas del cristiano y del caballero, y que fueron sus defectos únicos la excesiva susceptibilidad de su delicadeza, y la exagerada modestia, rayana de la timidez, propia de su modo de ser.

XXII.

Addison llegó, pues, á ser uno de los hombres más populares de su época, mereciendo su prestigio, á nuestro parecer, al mismo defecto que tanto excitaba la compasion de sus amigos. Porque si su timidez le impedía desarrollar las cualidades del ingenio en público bajo el aspecto más favorable, lo protegía contra la envidia que, á no ser por esta causa, hubiera suscitado gloria tan pura y brillante, y elevacion tan rápida y grande como la suya; que los triunfos más señalados de simpatía los alcanzaron siempre hombres á quienes admiró y respetó la multitud con amor compasivo. Así pensaron de Addison sus contemporáneos, y cuantos gozaron del privilegio de verlo en la intimidad: María Montague, Pope, Young y Steele, decian á coro que no era posible hallar nada más agradable, ameno y perfecto bajo todos aspectos que su conversacion. Pero aún cuando fuesen tan notables como la cultura de su lenguaje, su cortesía y su benevolencia, no por eso carecía de cierta malicia en la medida necesaria é inseparable del género cómico. Buena muestra dan de ello las críticas del *Tatler* sobre el soneto de M. Softly y el diálogo del *Spectator* con aquel político tan celoso de la honra de lady Q.-p.-t.-s., modelos ambas obras de las bromas inocentes que á las veces solia usar contra los necios y los fatuos. Pero este talento de Addison para la conversacion era cual si no fuese cuando parecia en reuniones numerosas ó solamente veia en su círculo una cara nueva, pues entónces enmudecian sus labios, y su actitud se tornaba reservada y fria; como que

no era el mismo en los salones y tertulias numerosas que sentado á la mesa de un café ó en el *Club* en medio de algunos pocos amigos, desde la salida del teatro hasta que daba el reloj de San Pablo de Covent Garden las cuatro de la mañana, pues entonces todos estaban cautivos de su conversacion y de su gracia peregrina. Mas no era tampoco allí donde Addison se dejaba ver bajo el mejor aspecto, sin embargo, pues para gozar completamente de su conversacion se hacia indispensable hallarse solo con él, ó, como él mismo decia, oírlo pensar en alta voz; que «nada es, añadía, comparable, á una verdadera conversacion entre dos personas.»

XXIII.

Con no ser ciertamente la timidez de Addison insociable ni desapacible, produjo en él los dos más graves defectos que la posteridad tenga derecho á censurarle, destruyendo con el abuso de la bebida en cierto modo el misterioso encanto que tornaba muda su lengua y torpe y como adormecido su espíritu, y complaciéndose acaso demasiado en la sociedad de un círculo de admiradores de quienes era rey, ó, mejor dicho, dios, pues no solamente sus íntimos amigos estaban muy por bajo de él, sino que algunos adolecían hasta de gravísimos defectos. Diremos, no obstante, respecto de lo primero y en justificacion suya, que los hombres más respetables de aquel tiempo reputaban los excesos que se cometían en la mesa por insignificante pecadillo, y que tampoco merecía fama de caballero en toda la extension de la palabra quien no sabía beber hasta el punto de anegar en vino su razon; y respecto de lo

segundo, que no desconocía los defectos de sus deudos, pues ningún hombre tuvo jamás penetracion superior á la suya, sino que se los perdonaba en fuerza de la indulgencia propia de su carácter, no sin despreciarlos en lo más íntimo de su corazón. Y como se hallaba siempre á sus anchas en medio de ellos, y el afecto que le mostraban tan apasionado le inspiraba gratitud, los colmó de beneficios en toda ocasion, resultando de esta puja, por decirlo así, de voluntades, acabar sus amigos por rendirle una manera de veneracion muy superior á la de Boswell hácia Johnson ó de Hurd hácia Warburton. Mas, aún cuando Addison se hallaba dotado de tan felices cualidades que la lisonja no podia pervertir su corazón ni alterar su recto juicio, fuerza será reconocer que contrajo por consecuencia de ella ciertos defectos que difícilmente podrán evitar aquellos á quienes ponga su desgracia en el caso de ser oráculos de pequeña grey de literatos.

XXIV.

Eustaquio Budgell, por ejemplo, jóven estudiante del Temple, versado en la literatura y deudo de Addison, figuraba en aquel círculo de amigos. Hasta entonces fué Budgell mozo de buenas costumbres, y si su primo no hubiera muerto ántes que él, probablemente habria continuado siéndolo; pero no bien pasó el maestro de esta vida, ya no se contuvo el discípulo, y de una en otra falta comenzó á despeñarse hasta caer en los abismos del vicio y de la miseria. Envilecido y arruinado en fuerza de locuras y disipaciones, intentó remediar sus quebrantos y rehacer su hacienda perdida por medios cri-

minales, y al ver defraudadas sus esperanzas, pusc término á su vida, lanzándose al Támesis desde el pretil de *London Bridge*. Budgell comenzó por el juego, despues se hizo estafador, luego falsificó, y á no haberse ajusticiado á sí propio, difícil sería graduar los términos de su infamia. A pesar de tanta degradacion y del olvido completo en que tuvo los más elementales deberes, siempre recordó con muestras de afecto, y hasta de veneracion, á nuestro poeta, dejando claro testimonio de ambas cosas en las últimas palabras que trazó su mano.

Ambrosio Phillipps, *whig* excelente y mediano poeta, que tuvo el gusto de poner de moda una manera de composicion macarrónica llamada *Namby-pamby* (pretenciosa), era tambien uno de los compañeros favoritos de Addison; pero los más importantes de aquel «reino en miniatura,» como lo llamaba Pope muchos años despues, fueron Ricardo Steele y Tomás Tickell.

Addison y Steele se conocian desde la infancia, por haber sido condiscípulos en Charter-House y en Oxford. Despues vivieron algun tiempo separados, siguiendo rumbos diferentes; como que Steele abandonó el claustro universitario sin graduarse de bachiller siquiera, se hizo desheredar por un pariente riquísimo, anduvo vagabundo de pueblo en pueblo, sirvió en el ejército, se propuso descubrir la piedra filosofal, y escribió un tratado religioso y varias comedias, mientras que su amigo seguia imperturbable por la senda emprendida. Era Steele uno de esos hombres á quienes así es imposible respetar como aborrecer, pues si se hallaba dotado por naturaleza de carácter dulce, de corazon sensible, de ardiente y apasionado espíritu, y de pasiones enérgicas, en cambio tenía la conciencia más flexible que pueda

imaginarse, y por tal modo pasó la vida entera cometiendo faltas y arrepiñéndose de haberlas cometido, y predicando el bien y practicando el mal. No obstante, su fondo era tan bueno, que no habia medio de quebrar con él, y que los más austeros moralistas ántes se mostraban dispuestos á compadecerlo que no á censurarlo cuando lo sabian cautivo de un ministril por deudas contraidas en el juego, ó con calenturas producidas del vino. Por lo que hace á José Addison, amó en toda ocasion á Steele con cierta manera de bondad entreverada de menosprecio; intentó, sin resultado alguno, apartarlo del juego, lo introdujo en la buena sociedad, le procuró un empleo lucrativo, corrigió sus comedias y llegó hasta el extremo, no siendo rico, de facilitarle fuertes sumas de dinero con que se remediara, prestándole una vez, segun rezan cartas del mes de Agosto de 1708, la cantidad de 25.000 pesetas. Relaciones pecuniarias eran estas que debian necesariamente ocasionar entre ambos amigos continuos desagradados, no faltando quien asegure que la negligencia ó la mala fe de Steele pusieron á nuestro Addison en el caso de verse de los tribunales de justicia para recuperar su peculio. Nadie censurará por cierto su conducta en esta circunstancia, porque ¿á quién no indigna ver disipar con insensata prodigalidad el dinero que adquirió penosamente, y que sólo prestó imponiéndose á sí propio grandes sacrificios con la esperanza de sacar de apuros algun amigo menesteroso?

Tickell era un jóven recién salido de Oxford que habia logrado llamar la atencion pública merced á un poemita lleno de ingenio y de gracia en honra de la ópera titulada *Rosamunda*, y que merecia y acabó por conseguir ser el primero en el corazon

de Addison. Durante algun tiempo Steele y Tickell fueron buenos amigos, pero al cabo se tornaron adversarios irreconciliables; que ambos amaban demasiado al poeta para poder mirarse con buenos ojos.

XXV

A fines de 1708, Wharton fué nombrado lord-lugarteniente de Irlanda; y como designase á José Addison por su primer secretario, hubo éste de partirse de Lóndres para Dublin. Compensaba en cierto modo el sacrificio los emolumentos de su cargo, que ascendian entónces á 50.000 pesetas al año, á las cuales deben añadirse 40.000 más por razon de sus honorarios como Archivero mayor de Irlanda, oficio que obtuvo á perpetuidad del Monarca. Budgell acompañó á su primo en clase de secretario particular.

Entre Wharton y Addison no habia más de comun que las opiniones políticas; pues no sólo era el lugarteniente hombre disoluto é inmoral, sino que se diferenciaba de todos los libertinos y agiotistas de la época por su impudencia, la cual ofrecia singularísimo contraste con la ejemplar conducta y la delicadeza imponderable del secretario. Tanto es así, que áun cuando ciertas partes del régimen administrativo de Irlanda excitarán entónces justas quejas, ninguna se produjo jamás en contra de Addison; pudiendo por esta causa decir el poeta más adelante sin temor de ser desmentido que su celo y probidad le habian granjeado la estimacion de los hombres más importantes del país. Y como no hablan los anteriores biógrafos de Addison de su carrera

parlamentaria en Irlanda, nos parece bien dejar consignado que lo eligieron por su representante los de Cavan el verano de 1709, y que, del propio modo que tantos otros oradores, logró vencer su timidez ante aquella Cámara de los Comunes, ménos importante que la de Inglaterra, tomando parte muchas veces en sus discusiones; circunstancia que declaran las actas de dos legislaturas.

XXVI.

En tanto que Addison habitaba en Dublin, tenia lugar en Lóndres un suceso encaminado á elevarlo para siempre al rango de los más grandes y esclarecidos escritores de su patria. Pues si no descansaba todavía su reputacion literaria en base sólida, toda vez que los únicos títulos que ostentaba no eran otros que algunos versos latinos é ingleses bastante buenos y la relacion de sus viajes por Italia, obras que si demostraban en su autor buen gusto, mejor criterio y más erudicion no hubieran bastado ciertamente á perpetuar su fama en la posteridad, habia llegado el momento de que se revelase al mundo como un hombre de clarísimo ingenio, enriqueciendo el caudal de la literatura inglesa con un tesoro de obras de inestimable valor y tan duradero como la lengua en que fueron escritas.

Es el caso que durante el invierno de 1709 concibió Steele un proyecto literario, cuyas consecuencias distaba mucho de prever él mismo. Porque como desde hacia ya muchos años se publicaran periódicos en Lóndres, los más consagrados á la política, los ménos á cuestiones de moral, de buen gusto literario, de amor ó de galantería, y todos de

tan escaso mérito que solamente sus títulos han llegado hasta nosotros, Steele, que ocupaba una plaza de redactor de la *Gaceta oficial* (1) y se hablaba por tanto mejor y más prontamente informado que ningún otro periodista, determinó de publicar un papel nuevo en el fondo y en la forma. Fué su primitivo proyecto que se diera el periódico á luz los días de salida del correo de Lóndres, que lo eran los mártres, juéves y sábados, conteniendo noticias extranjeras, críticas teatrales, artículos literarios, consideraciones sobre cuanto pudiera preocupar al público, galanterías á las damas, sátiras contra los más renombrados caballeros de industria, y análisis de los principales sermones de los predicadores populares. A esto se redujo en un principio el proyecto de Steele; y, á decir verdad, poseía cuantas cualidades son necesarias para salir airoso con su empresa, pues se inspiraba en las mejores fuentes, conocía el mundo por experiencia propia, era más instruído que la juventud ociosa y disipada de su tiempo, escribía correctamente con cierta facilidad, y aun cuando fueran sus chanzas vulgares por regla general, sabía imprimir á sus escritos las apariencias de buen humor y de ingenio que las personas vulgares confunden siempre con la verdadera *vis cómica*; que no sin sobra de razón se han comparado las obras de Steele á esos vinos ligeros faltos de fuerza y de aroma, pero gratos al paladar á condicion de que no hayan estado mucho tiempo en la botella ó hecho viaje largo.

Isaac Bickerstaff, *Esquire* y astrólogo, era un per-

(1) Steele habia sido colocado por Sunderland á riesgo de Addison con 300 libras esterlinas de sueldo anual, ó sean 3.000 reales de nuestra moneda.

sonaje imaginario, tan conocido á la sazón como puede serlo ahora Mr. Pablo Pry ó Mr. Pickwick. Swift habia tomado ese nombre supuesto en un folleto satírico escrito contra Partridge, el famoso fabricante de almanaques; y como tuviera el agredido la mala idea de contestar en serio al ataque, Bickerstaff replicó en otro libelo más punzante todavía y ameno que hubo de serlo el primero, apoyando sus chanzas y burlas todos los hombres de ingenio de la época con gran contentamiento del público. Conocido, pues, y popularizado el astrólogo *Esquire* Isaac Bickerstaff, Steele determinó de servirse de él para su proyecto, y en consecuencia, el mes de Abril de 1709 lanzó á los cuatro vientos de la publicidad que se disponía el susodicho caballero á sacar á luz un papel periódico intitulado *El Charlatan* (*The Tatler*).

No se puso Steele previamente de acuerdo con Addison para su empresa; pero no bien le habló de ella, el poeta le prometió su colaboracion, siendo el efecto de su auxilio tan inmenso que, como escribia el fundador del *Tatler*, se halló «en el caso de un soberano amenazado de sus enemigos y que llama en su auxilio á poderoso vecino.» «Mi aliado me perdió, decia; porque no bien acudió en mi socorro, ya no pude sostenerme sin él.» Y en otra parte añadía: «El periódico adquirió en breve una importancia superior á mis cálculos y proyectos primitivos.»

XXVII.

Bien puede asegurarse que cuando Addison envió á Londres desde Dublin sus primeras cuartillas al *Tatler*, desconocía de todo en todo la extension y variedad de su talento; porque poseyendo una mina riquísima en metales preciosos de diversas clases, hasta entónces se habia contentado con extraer cobre, plomo y algunas veces plata; mas de repente, una providencial casualidad le hizo descubrir inagotable venero de oro puro. Pues la eleccion y el orden de las palabras solamente que usaba en sus *Ensayos* habrian bastado para eternizarlos en la memoria de las gentes é imprimirles sabor clásico; que ningun escritor, ni Dryden, ni Temple, habia manejado la lengua inglesa con tanta dulzura, facilidad y gracia. Pero, con ser esto ya mucho, la belleza del estilo es el título de ménos importancia que Addison puede aducir para elevarse á la inmortalidad; pues áun cuando se hubiera servido en sus obras del inglés franco-latino de Horacio Walpole y del doctor Johnson, ó de la jerga germano-inglesa de nuestros días, su ingenio habria triunfado de cuantos defectos son imaginables en una lengua, y el fondo hubiera prevalecido siempre sobre la forma.

Como satírico moral no tiene Addison rivales, y considerado bajo el punto de vista del ingenio, se halla cuando ménos al nivel de Cowley ó de Butler. Pero su imaginacion aventaja con muchas creces á su ingenio, como lo acreditan las numerosas ficciones de sus *Ensayos*, originales casi todas, á las veces grotescas y extrañas, encantadoras siempre y

felicisimas, y que lo elevan al rango de gran poeta; gloria merecida, y á la cual no le dieron ciertamente derecho alguno sus composiciones en verso. Ningun escritor estudió con más perspicacia y sagacidad las costumbres de su tiempo, ni supo mejor apoderarse de todas las diferencias y modos de ser del carácter humano. Además, poseyó Addison el arte de revelar al mundo sus observaciones de dos maneras enteramente distintas, porque no sólo describió tan bien como Clarendon las virtudes, los vicios, las costumbres y prácticas de sus contemporáneos, sino que infundió vida propia, por decirlo así, á personajes que no la tenian, y que se describen por sí solos; y tanto sobresalió en este género, que para encontrar retratos más parecidos que lo son los principales caracteres de la obra maestra de Addison, se hace necesario remontarse á las maravillas producidas por Shakspeare ó Cervántes. ¿Y qué decir de su gracejo y de su jovialidad tan comunicativa, y del talento prodigioso con que sabia presentar bajo aspecto cómico incidentes vulgares y singularidades de carácter y de modos de ser propios á todos los hombres, sino que sentimos la influencia de su encanto, y nos abandonamos á él sin fuerzas para poder analizarlo?

XXVIII.

Los escritores que, á nuestro parecer, manejaron con más éxito y pericia el arma terrible de la sátira el siglo xviii, fueron Addison, Steele y Voltaire, siendo en su género cada uno verdadero modelo, y superior á toda comparacion. Pero si Voltaire, el rey de los bufones, participa de la hilaridad que